

— Es muy sencillo — dijo Luis. — La prueba que poseo tiene por sí sola un valor que equivale, por ejemplo, á diez; pues bien; presentándola en el momento oportuno, valdrá como veinte.

— Ya..., ya — exclamó el amanuense con aire reflexivo.

— En una palabra — añadió Luis, — quiero asegurar al derecho que defiende un éxito completo.

— ¡Soberbio! — volvió á exclamar el Sr. Buenaventura.

— El desalmado de Valle-alegre las va á pagar todas juntas. Sr. D. Luis — añadió, restregándose las manos, — tenemos contra ese bribón una prueba incontestable que nos ha caído por la chimenea. ¡Magnífico! Manos á la obra.

Y disponiendo el papel, comenzó la copia del escrito.

De pronto soltó la pluma, y dándose una palmada en la frente, dijo:

— Ó yo soy un imbécil ó esto es imposible. Las iniciales puestas al margen de la liquidación pueden decir: *Veánse cartas de Febrero y Marzo*; pero los números 52 y 53 no pueden referirse á fechas, pues en esos años, ni el Americano había venido á Madrid, ni Valle-alegre lo conocía.

— Eso es — añadió Luis interrumpiéndole. — Hemos padecido una ofuscación: las cartas pertenecen al año 63, como yo presumía, y los números 52 y 53 son los que pertenecen á esas cartas en la numeración de la correspondencia.

— ¡De modo — exclamó — que tenemos en cartera las cartas de Ripoll!

— Sí, contestó Luis.

Volvió de nuevo el amanuense á la tarea de la copia que había empezado, repitiendo de vez en cuando entre dientes:

— ¡Friolera! ¡Las cartas de Ripoll! ¡Las cartas de Ripoll!

## CAPÍTULO XXIV

### LAS CARTAS DE RIPOLL

Luis dejó al Sr. Buenaventura seguir la copia del escrito que aquel mismo día debía ser presentado como la primera pieza del pleito que iba á entablarse; pleito ruidoso, que acabaría de embargar la atención, siempre ociosa, de ese hervidero inconstante, que, á falta de un nombre propio y exacto, llamamos opinión pública. Antes de abandonar el despacho se acercó á la mesa, y por encima del amanuense estuvo contemplando la soltura con que la pluma trasladaba sobre el papel, en letra igual, encadenada y clara, el contenido del escrito. Los renglones brotaban bajo la mano del Sr. Buenaventura, como si nacieran del mismo papel en que escribía al rápido paso de la pluma. Luego que hubo admirado la gallardía de la letra, recogió la llave que había puesta en la cerradura de uno de los cajones laterales de la mesa, y asegurándose de que el cajón quedaba cerrado, se la guardó en el bolsillo.

Nada de esto advirtió, al parecer, el Sr. Buenaventura; tan embebido estaba en el trabajo de la copia, ni dió tampoco señales de advertir que Luis había salido del despacho, pues siguió escribiendo como si aquel trabajo ocupara todo su pensamiento.

Al cabo de media hora, un rumor lejano vino á interrumpirlo, y entonces detuvo el curso de la pluma. El rumor se acercó lentamente, y comprendió que era el coche, que

saliendo del interior de la casa, se había detenido en el vestíbulo al pie de la escalera. Esto era evidente, pues se oían chocar contra el pavimento los herrados cascos de los caballos impacientes.

Guiñóse á sí mismo el ojo derecho, y siguió copiando con más rapidez que antes.

Poco después el coche volvió á ponerse en movimiento, y entonces se acercó á una de las dos ventanas que daban luz al despacho, y desde allí, apartando cautelosamente las cortinas que cubrían los cristales, lanzó hacia la calle sus curiosas miradas, y vió pasar el coche que salía de la casa.

— Es lo mismo — dijo, haciendo una mueca rápida. — Creí que después de haber pasado la noche en vela, iría á acostarse; pero me engañé; se ha ido, y en coche para mayor comodidad. Es lo mismo.

Retiróse de la ventana, y volviendo á la mesa, dejó la pluma que tenía en la mano, y clavando la mirada en el cajón, cuya llave se había llevado Luis en el bolsillo, lo contempló algunos instantes, diciendo:

— Aquí hay algo..., algo importante. No se cierra con tanta solicitud un cajón que no contiene nada.

Hecha esta observación, se deslizó hacia la puerta que conducía á la escalera interior, que abría paso desde el despacho al piso principal de la casa. En esta puerta encontró un pasador, y corriéndolo, impidió que pudiera abrirse por la parte de afuera. Desde allí pasó á la antecámara, y entró en el recibimiento cuya puerta daba á la portería, y también la aseguró, corriendo el pestillo de la cerradura.

De este modo podía seguir su trabajo á cubierto de toda interrupción indiscreta y de toda visita inoportuna.

Volvióse al despacho; pero en vez de sentarse delante de la mesa y volver á la tarea de la copia, se detuvo de-

lante del cajón que Luis había cerrado antes de irse, y mientras buscaba en el bolsillo de su chaleco algo que necesitaba en aquel momento, exclamó:

— ¡Oh! No hay cerradura que se resista á un poco de cera; y es muy desprevenido el hombre que entra en una casa á averiguar algún secreto y no escudriña todos los rincones. Es una previsión muy razonable cerrar este cajón si hay en él algo que importe tener escondido; pero también debe ser prevenido el hombre que necesita descubrir lo que está oculto. Contra una llave que cierra, una llave que abre: esto es de sentido común.

Murmurando por lo bajo estas palabras, sacó del bolsillo una llave pequeña que relucía entre sus dedos como si fuese de plata, y mirando á su alrededor con cierta inquietud la introdujo á tientas en la cerradura del cajón, exhalando un gran suspiro como quien acaba de hacer un grande esfuerzo.

Dió una vuelta á la llave, y el pestillo se resistió como si desconociera la mano que lo oprimía. No obstante, cedió bajo el empuje de la llave, pero el cajón permaneció cerrado.

— ¡Hola! — exclamó el Sr. Buenaventura. — Le ha echado las dos vueltas. Muy bien hecho; porque en esta clase de asuntos, y estando por medio nada menos que un millonario, toda precaución es necesaria.

A pesar de la serenidad de espíritu que revelan estas palabras, las manos del amanuense parecían agitadas por ligeros estremecimientos; los ojos, totalmente abiertos, espiaban con inquietud y alternativamente las dos puertas que daban entrada al aposento, y en su rostro algo contraído se observaba, no diré precisamente palidez, sino cierta opacidad que le daba un aspecto siniestro.

Con un segundo esfuerzo hizo dar una segunda vuelta á la llave, y el cajón, despojado de la defensa del pestillo, se dejó abrir sin resistencia.

Cada vez que el ruido de un coche retumbaba en la calle, el Sr. Buenaventura cerraba el cajón, y sin abandonar la llave, puesta en la cerradura, esperaba que el coche pasara; pasaba el coche, y el cajón volvía á abrirse.

Estas interrupciones le hicieron perder un tiempo precioso, tan precioso, que mostraba su impaciencia con enérgicos gestos de disgusto.

Aprovechando un momento en que el silencio de la calle era completo, sondeó lo que el cajón contenía, y no vió más que papeles. Registrólos rápidamente, y encontró entre ellos una cartera de piel de Rusia, cerrada con un botón de acero.

Abrióla sin vacilar, y en ella encontró lo que sin duda buscaba, pues al yer azulear sobre el forro oscuro de la cartera un papel plegado en muchos dobleces, brillaron sus ojos como si adivinara lo que contenía; sacólo apresuradamente, y desdoblándolo, vió que eran dos cartas fechadas en París, dirigidas al difunto Americano, y firmadas por Mauricio Ripoll.

— Aquí está la prueba — exclamó con aire de triunfo. — Aquí está. ¡Oh! Era indudable que aquí estaba. Mi olfato no podía engañarme..., no me ha engañado nunca. De este papel — añadió, examinando el de las cartas — hay en la calle de Carretas..., es papel francés..., pliego grande..., azulado.

En el momento en que pronunciaba esas palabras, el estrépito de un coche que marchaba rápidamente resonó en el extremo de la calle, y el Sr. Buenaventura, con las cartas de Ripoll en una mano y la cartera en la otra, permaneció inmóvil. Su fisonomía pasó de la satisfacción al terror, y si puedo decirlo así, la sonrisa de triunfo con que celebraba el éxito de sus pesquisas, se heló en sus labios.

El coche llegó, pasó por delante de las ventanas, haciendo temblar los cristales, y se perdió en el extremo

opuesto de la calle. Al ver que pasaba de largo, el amanuense respiró con ansia, como si hubiera tenido por mucho tiempo contenida la respiración. Las cartas de Mauricio Ripoll temblaban con los estremecimientos de la mano que las sujetaba.

— Estoy perdiendo tiempo — dijo con voz también temblorosa. — Estos terrores son indignos de mí. Las puertas están cerradas, y no hay peligro de una sorpresa..., nadie puede penetrar aquí sin que yo abra.

Puso la cartera sobre la mesa, y empezó á leer la primera carta, mas se detuvo exclamando:

— ¡Demonio! Si al maldito coronel se le antoja entrar, es muy capaz de echar la puerta abajo de un puntapie si no le abro pronto. Es un salvaje, ejecutivo como una centella.

Semejante reflexión lo tuvo indeciso algunos momentos; pero por lo visto, el Sr. Buenaventura no era hombre que retrocedía, una vez tomado el camino. Así es que corrió á examinar los grados de resistencia que podían ofrecer los pasadores con que había asegurado las puertas; examen que debió ser satisfactorio, pues volvió diciendo:

— ¡Bah!.. Puedo estar tranquilo.

De pie, y delante del cajón abierto de donde había extraído la cartera, leyó las cartas de Mauricio Ripoll.

Luego que se enteró detenidamente del contenido de ambos documentos, frunció la boca, diciendo:

— Mal negocio..., mal negocio... Esto no tiene vuelta de hoja. Por de pronto, no me ocurre más que una salida: este Sr. Ripoll ha muerto, y aunque no haya muerto debe estar en el quinto infierno. Muy bien; en este caso se niega la autenticidad de las cartas de Ripoll.

Reflexionó un momento, y se replicó á sí mismo diciendo:

— Sí; pero negar no es probar; y el tribunal las tendrá

por auténticas mientras no se demuestre lo contrario. Pues ¿y cómo? ¿No hay en esos legajos de la testamentaria otras cartas de Ripoll, cuya letra desmentiría al que pretendiera negar la autenticidad de éstas?

Meditó de nuevo, y dijo:

— Veamos..., veamos. Si no se puede negar que estas cartas están escritas de puño y letra de Ripoll, se puede sostener que es falso cuanto Ripoll afirma en estas cartas. ¿Es posible esto?

No encontró la respuesta tan á mano como la pregunta, y consultando de nuevo las cartas, movió la cabeza diciendo:

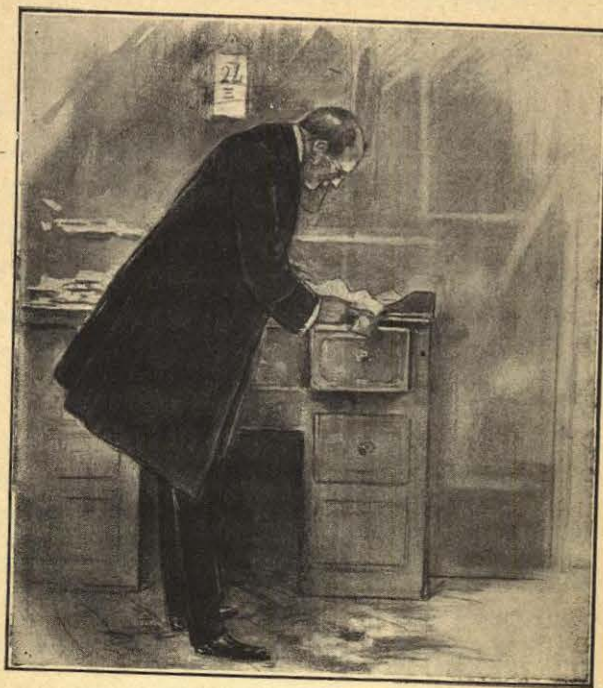
— Imposible. Es la delación de un cómplice que está en el secreto, que tiene en su mano todos los hilos de la estafa, y que probablemente la descubre porque no le pagaban la complicidad á peso de oro. ¡Oh! — exclamó. — Mal negocio..., malísimo negocio. He aquí un par de tunantes que querían explotarse mutuamente, después de haber desbalijado las arcas del Americano. Lo de siempre; un bribón que descubre á otro bribón, porque los dos quieren la mayor parte en el botín. Tener cómplices es tanto como tener un pie en presidio. En resumen, el Sr. Valle-alegre está perdido.

Dobló las cartas cuidadosamente, poniendo una dentro de otra, en la misma forma en que las había encontrado, al mismo tiempo que decía:

— La codicia rompe el saco... El ilustre banquero está en grave peligro de pasar algunos años de su vida en un correccional. ¿Y por qué? ¿Cuál es su delito? En rigor, uno que no está señalado en el código: la tacañería. ¿Pedía Ripoll un millón? Pues bien, dárselo. ¿Pedía dos?, dárselos. Después de todo, no le costaba más trabajo que meter la mano en la gaveta de la víctima. Pero ¡imbécil!, le cerró el bolsillo, y el cómplice abrió la boca. Es claro..., no tenía otra venganza... Esto es todo.

Dobladas las cartas, las introdujo en la cartera, que colocó en el mismo sitio donde la había encontrado, y cerrando el cajón con doble vuelta, se guardó la llave en el bolsillo.

Descorrió en seguida los pasadores de las puertas, y



Leyó las cartas de Mauricio Ripoll

muy tranquilamente volvió á continuar la copia comenzada.

Hacía correr la pluma rápidamente, y los renglones se sucedían sobre el papel en líneas de letras perfectamente encadenadas; trataba, por lo que se ve, de ganar el tiempo perdido.

Pliego tras pliego, llegó al fin su mano incansable al último período del escrito; esto es, á la última consecuencia del pedimento. En esta última parte, el letrado pedía la intervención previa del juez en los bienes de la casa-

banca de Valle-alegre, para asegurar la satisfacción cumplida del derecho de sus representados, enormemente perjudicados en sus intereses.

En *otrosí* se pedía la ocupación judicial y perentoria de los papeles del banquero, en razón á que podrían encontrarse documentos que añadieran luz al asunto que se ventilaba.

— ¡Pedir por pedir! — exclamó el Sr. Buenaventura, dejando la pluma sobre la mesa. — El juez no accederá á semejantes pretensiones; notificará á la parte contraria, y ella contestará. Aquí el Sr. D. Luis confunde lo contencioso con lo criminal. ¿Es ignorancia ó es astucia? ¿Pretende aterrar al contrario con esta pretensión audaz, ó quiere hacer presumir que carece de pruebas evidentes? Lo mismo me da.

Se apartó de la mesa, y comenzó á pasearse con el aire meditabundo del hombre que coordina los medios de una empresa seria, profunda y trascendental.

— Esas cartas — decía, — esas cartas que, sea como quiera, están en mi poder, son un gran elemento. Veamos..., veamos. Me parece que empiezo á ver. Procedamos con método.

Ordenó en silencio sus ideas, y después se preguntó sencillamente:

— ¿Cuánto daría Valle-alegre por poseer esas cartas de Mauricio Ripoll? ¡Phs! — se contestó á sí mismo. — Es avaro; pero, en fin, eso en último resultado sería cuestión de un ajuste. De modo que el que tenga en su poder las cartas de Mauricio Ripoll, tiene en su bolsillo la gaveta del banquero.

Los ojos del amanuense brillaron ante esta idea.

— ¡Qué locura! — siguió diciendo con falsa sonrisa. — Para negociar las cartas de Ripoll sería preciso robarlas, y semejante infamia podría muy bien llevar á Ceuta por toda su vida al que la consumara. La manera de hacer el ne-

gocio redondo sería sustituirlas. Un hombre hábil que poseyera la llave de ese cajón, y supiera imitar la letra y la firma de Mauricio Ripoll, bien podía decir que había encontrado una mina. La cosa no es excesivamente difícil. Es letra francesa que no se necesita gran destreza para imitarla; y en cuanto á la firma no ofrece ninguna singularidad que la haga inimitable.

Aquí mostróse regocijado de la lucidez de su entendimiento, pues se frotó las manos una contra otra en el colmo de la satisfacción.

— Vea usted — dijo — cómo este humilde gusanillo de la tierra tiene en su mano la suerte de dos hombres poderosos: la suerte del ilustre abogado y la suerte del opulento banquero.

No hizo más reflexiones ni añadió más comentarios, y dando aquella discusión íntima por terminada, volvió á la mesa, y se puso á concluir la copia del escrito tantas veces interrumpida.

Casi en el mismo instante paró un coche en la puerta de la casa, y poco después entró Luis en el despacho, acompañado de un nuevo personaje, cuyo aspecto curial no era dudoso. Tenía todo el aire de un procurador cargado de negocios y asiduamente ocupado en ellos. Inferíase esto de cierto desaliño que se advertía en sus vestidos, pues aunque las telas que usaba eran nuevas y aun flamantes, el corte no se ajustaba rigurosamente á la última moda, lo cual hacía suponer que no le daba grande importancia á la magna cuestión del sastre. Llevaba la corbata prendida de cualquier modo, como hombre que se viste de prisa, y no todos los ojales de su chaleco se ajustaban siempre escrupulosamente al botón correspondiente, como hombre que se viste á tientas. La holgura del calzado, donde el pie entraba como Pedro por su casa, y las dobles suelas con que estaba revestido, indicaban que el activo procurador, pues

procurador era, pasaba el día corriendo la Ceca y la Meca. Por lo demás, apenas rayaría en los cuarenta años, y en su fisonomía de regulares proporciones, pálida, redonda y completamente afeitada, expresaba á la vez bondad é inteligencia.

Luego que entró en el despacho, puso sobre la mesa un rollo voluminoso que llevaba debajo del brazo, diciendo:

— Aquí tiene usted los autos de la *venta á retro*.

— ¡*Las ventas á retro!* He ahí las encrucijadas donde la usura á mansalva se apodera de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Y bien: ¿qué pide el usurero?

— Pide la adjudicación de la casa.

— ¿Y el juez qué manda?

— Provee que pase á la parte.

— Bueno. Pediremos lo que haya lugar. Este usurero no ha atado bien los cabos, y va á costarle cara su avaricia.

— Para mañana — dijo el procurador, — está señalada la vista del pleito de los menores.

— ¡Cómo! — exclamó Luis. — ¿Se ha anticipado el señalamiento?

— Pues — contestó el procurador. — Yo creí que se vería el lunes.

— Lo mismo da el sábado que el lunes, porque es un asunto para el cual estoy siempre preparado. Otro despojo que se intenta contra unos pobres huérfanos. La vista será larga.

— Debe serlo — añadió el procurador; — porque el abogado de la parte contraria habla mucho.

— Mucho... Así los magistrados podrán entregarse tranquilamente á las dulzuras del sueño, y será preciso despertarlos.

— Sala tercera — advirtió el procurador.

— Lo sé.

El Sr. Buenaventura acabó en aquel momento la co-

pia, cosió con tres puntos los pliegos de papel sellado que contenían el escrito, y lo presentó á Luis.

Éste lo tomó y empezó á hojearlo, diciendo al procurador:

— Siéntese usted un momento, que en seguida despacho; y estoy seguro de que no habrá nada que corregir.

El procurador movió la cabeza al oír la invitación del letrado, y permaneció de pie. Quería decir: «Yo no tengo tiempo para sentarme,» ó «yo no me siento nunca.»

Mientras Luis hojeaba la copia del escrito, el Sr. Buenaventura miraba á hurtadillas al procurador; no porque fuese aquella la primera vez que lo veía, sino porque le gustaba examinarlo todo, y no teniendo á la mano otra cosa en que emplear su curiosidad, espiaba la cara del procurador.

Éste, por su parte, no parecía advertir la observación de que era objeto, y de vez en cuando levantaba los ojos y miraba al techo, ordenando tal vez en su pensamiento el método que debería seguir para no perder tiempo, y cumplir con todos los negocios del día.

Entre tanto que ese ú otro pensamiento embargaba su ánimo, se movía, adelantando unas veces el pie derecho, otras veces el pie izquierdo, como si ninguno de los dos estuviera acostumbrado á permanecer tanto tiempo quieto, y, sin embargo, en su semblante no se advertía ningún síntoma de impaciencia.

— Perfectamente — dijo Luis, acabando de examinar la copia del escrito. — No le falta punto ni coma.

Y acercándose á la mesa, tomó la pluma y firmó al pie del escrito, poniendo: «Licenciado Luis Góngora y Cisneros.»

Después enrolló el *pedimento*, y lo puso en manos del procurador, diciéndole:

— Urge... Es preciso que hoy mismo quede presentado.

En cuanto el procurador tuvo en su mano el escrito, hizo un medio saludo, dió media vuelta y salió del despacho. Luis lo siguió, y alcanzándolo en la antesala, le echó el brazo por el hombro, y hablando en voz baja, pasaron los dos al recibimiento.

El Sr. Buenaventura los siguió á su vez con los ojos y con los oídos; mas dejó de verlos luego que pasaron al recibimiento, y en cuanto á oír no pudo pescar ni una palabra.

— Bueno — dijo entre dientes. — Ya está la pelota en el tejado. Hoy quedará presentado el escrito, y mañana no se hablará de otra cosa. Muy bien. Mañana... hay vista..., vista larga, y el Sr. D. Luis se pasará cinco horas mortales en el tribunal, sujeto en la tribuna de la sala tercera como un preso en la cárcel. ¡Bah!.. Me voy á pasar solo el día en el despacho.

Mascullaba estas palabras arreglando los papeles que había sobre la mesa y recogiendo los pliegos en que Luis había hecho el borrador del escrito.

— Sí, señor, sí, señor — añadió sordamente. — Bien urdi- da la tela no hay escape, porque tenemos en nuestro poder las cartas de Ripoll.

Luis volvió al despacho, y el amanuense continuó arreglando los papeles.

## CAPÍTULO XXV

### UN RECUERDO

No sabía Margarita qué hacer con el billete, cuyo contenido ignoramos todavía, que Luis se dejó olvidado sobre la mesa del comedor; contenido acerca del cual las revelaciones hechas por la baronesa al brigadier nos permiten suponer que había en él conceptos sospechosos, lo bastante, al menos, para que Margarita sintiera en su corazón todo el profundo escozor de los celos.

Otra mujer que no fuese ella, habría apelado al recurso heroico de confundir á su marido poniéndole delante el testimonio auténtico de su infidelidad, echando sobre él todos los dicitos que para estos casos se reservan las mujeres celosas. Infame, desleal, traidor, perjuero, etc. Y luego, tomando por su cuenta á la cómplice, eche usted y no se derrame, le habría puesto como un trapo. En tal situación, un marido medianamente discreto, justa ó injustamente acusado, no tiene más que dos expedientes para salir del paso: ó coger el sombrero é irse á tomar el fresco, ó caer de rodillas delante de la mujer irritada, y prorrumpir en nuevos juramentos de eterno amor y de fidelidad eterna. Juramentos, que, dicho sea de paso, son inútiles si el marido es inocente, y mucho más inútiles si es culpable.

No es este el único recurso á que apelan siempre en casos semejantes. Hay mujeres que miran las infidelidades verdaderas ó imaginarias de sus maridos con más frialdad